

escuela y facultad contaba con la inmersión de los dos grupos asociativos señalados, cuya finalidad era coadyuvar en el mejoramiento de las escuelas, así en canalizar las inquietudes de carácter político, educativo y cultural.

Si bien las sociedades canalizaban las inconformidades y los deseos hacia diversas ramas, lo que hace peculiar al estudiantado de la UAS es su inconfundible altruismo

y dedicación para mejorar el entorno urbano de Perla de Humaya, y como dice el autor del artículo: “el estudiantado se inmiscuía en los asuntos de la ciudad con finalidad de llevar a cabo la difusión de la cultura” (pp. 145-146).

Sinaloa, es sin duda, un lugar paradigmático para muchos en México, no se diga de su historia. Este aporte historiográfico ayuda a difundir invaluable investigacio-

nes de amplio criterio y demostrar dos aspectos concretos: primero, Sinaloa tiene una historia que pide ser contada, y segundo, es significativo que cada uno de los autores de *Historia de la sociabilidad en Sinaloa, siglos XIX y XX...*, pro venga de las filas académicas de la UAS, pues demuestra que sus producciones historiográficas se realizan con criterio y rigor.

Una nueva edición de la *Cartilla moral*

Rodrigo Martínez Baracs*

Alfonso Reyes, *Cartilla moral*, edición y prólogo de Javier Garciadiego, México, El Colegio Nacional (Opúsculos), 2019, 164 pp.

La aparición en este mes de febrero de 2019 de la edición prepa-

rada por Javier Garciadiego de la *Cartilla moral* de Alfonso Reyes (1889-1959), editada por El Colegio Nacional, es un acontecimiento de singular relevancia por la elegante y generosa inteligencia del libro, por la primacía que la cuestión moral ha adquirido en nuestro país, y porque apenas en el mes de enero el Gobierno de México, a través de la Secretaría de Educación Pública (SEP), publicó una edición masiva de la *Cartilla moral*, se dijo que de ocho millones y medio de ejemplares impresos, y accesible en Internet. La edición incluye un texto del presidente de México, Andrés Manuel López Obrador, que presenta la *Cartilla*

moral no como una serie de obligaciones, sino como un material de estudio, reflexión y disfrute. Para mí en lo particular, esta edición tiene un significado profundo porque mi padre, José Luis Martínez (1918-2007), estuvo directamente relacionado con su escritura en 1944, su no difusión inicial y su difusión posterior, y porque la edición de la SEP de 2019 retoma la que adaptó mi padre, publicada por la misma Secretaría en 1992, y que el poderoso Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) mandó retirar de la circulación —de todo lo cual informa la edición de Javier Garciadiego—. Por ello, me reconforta haber

* Dirección de Estudios Históricos, INAH / Academia Mexicana de la Historia. Leí una primera versión de esta reseña en la presentación de la edición de Javier Garciadiego de la *Cartilla moral* de Alfonso Reyes en la Capilla Alfonsina, el miércoles 27 de marzo de 2019, con la participación de Adolfo Castañón y del propio Javier Garciadiego.

participado en su presentación, con el mismo Javier y con Adolfo Castañón, queridos y admirados amigos, grandes concedores de la obra de Reyes, que conocieron y trataron a mi padre, ambos hombres de antaño, *d'antan*, y también muy de nuestro presente, que viven con devota intensidad cada uno de sus momentos. Podremos entre todos acercarnos a la relevancia, de ayer y hoy, de la *Cartilla moral*.

La edición de Garciadiego es valiosa por su extenso prólogo, “La *Cartilla moral*: sus vicisitudes y posibilidades políticas”, en el que narra el origen de su elaboración, y su problemática difusión y discusión posterior, con sus ediciones de 1952, 1959, 1962, 1979, 1981 y 1992, entre otras, hasta llegar a la última de la SEP de enero de 2019. Complementa el prólogo un valioso apéndice documental, compuesto por fragmentos de cartas y del *Diario* de Reyes y diversos documentos y textos, además de imágenes. Por la amplitud de su trazo y la cantidad de momentos que toca, documenta y revive, esta edición permite al lector pensar las cosas por su cuenta.¹

¹ “Pensar por cuenta propia”, así tradujo Wenceslao Roces (1897-1992) la expresión alemana *Selbstdenken* formulada por Ernst Bloch (1885-1977) en su libro sobre Hegel, cuya primera edición es la traducción al español de *El pensamiento de Hegel*, publicada por el Fondo de Cultura Económica en 1949, antes de la misma versión original en alemán (1951) y de la traducción al inglés, por iniciativa de Daniel Cosío Villegas (1898-1976), quien retomó la consigna “Pensar por cuenta propia”, como lo recordó Enrique Krauze.

Publicó la edición El Colegio Nacional, fundado por Alfonso Reyes y al que pertenece Javier Garciadiego desde 2016, y lo hizo en la valiosa, pulcra, bella y agradeciblemente barata colección Opúsculos, que ostenta en la contraportada como lema una frase de la *Cartilla moral*, de la conclusión: “El respeto a la verdad es, al mismo tiempo, la más alta cualidad moral y la más alta cualidad intelectual”.

Debido a la importancia intelectual y moral de la edición de Javier Garciadiego que hoy celebramos, en este mismo “respeto a la verdad”, y con la perspectiva de que se tire una segunda edición, me permito comentar de una vez algunos puntos, acaso menores, pero que merecen precisarse, en el espíritu de José Emilio Pacheco (1939-2014) (cuya sombra está aquí presente en la Capilla Alfonsina, invocada por Javier Garciadiego en su prólogo), quien nos recordó que: “Todo lo sabemos entre todos”.

Parte del prólogo de Javier Garciadiego está basado en las cartas de don Alfonso y de mi padre, que, anota, se encuentran tanto en el archivo de José Luis Martínez como en el de Alfonso Reyes, aunque debe señalarse que algunas de las misivas están en uno de los dos archivos, otras en el otro, y otras en ambos, y otras en otros, como las del archivo de El Colegio de México, que descubrió el propio Garciadiego y generosamente me transmitió.

Menciono una idea que se dice mucho, formulada primero por Gastón García Cantú (1917-2004) y Miguel Ángel Granados Chapa

(1941-2014), y varias veces repetida, de que, en 1944, el secretario de Educación Pública, don Jaime Torres Bodet (1902-1974), pidió la *Cartilla moral* a Alfonso Reyes. Lo que se desprende de la correspondencia y del *Diario* de Reyes es que don Jaime, a través de mi padre, que era su secretario particular, y amigo de don Alfonso, le pidió dos o tres muy breves y sencillas lecciones de moral de menos de una cuartilla cada una, para enriquecer la *Cartilla* alfabetizadora, de la que se imprimirían 10 millones de ejemplares. Pero don Alfonso, el fin de semana patrio del 16 al 17 de septiembre de 1944, no escribió las dos o tres paginitas, sino todo un opúsculo, un pequeño tratado, perfectamente articulado, de 40 páginas (el manuscrito de Reyes se encuentra en esta Capilla Alfonsina). Cuando don Alfonso se lo enseñó a mi padre, éste le explicó que el texto rebasaba en mucho lo que se necesitaba y le pidió que redactara la versión breve que se requería para la *Cartilla* alfabetizadora. Pero la cuestión se agravó cuando mi padre le dio a Reyes un ejemplar de prueba para que viera en qué contexto aparecerían sus lecciones de moral, ya que cuando lo revisó le provocó un fuerte disgusto, que le quitó el sueño esa noche, por incluir un texto del presidente de la República, por presentar las vocales en el orden extravagante IUEOA (el orden fonético de las vocales castellanas)² y numerosos errores y malos criterios. Don Al-

² Según la clasificación fonética del castellano, la *i* es cerrada anterior, la *u* es cerrada posterior, la *e* es media anterior, la *o* es media posterior, y la *a* es abierta central.

fonso redactó la versión muy resumida de su *Cartilla moral*, pero finalmente decidió retirarla de la Cartilla alfabetizadora que tanto le disgustó. De cualquier manera, don Jaime le propuso hacer en la SEP una edición de la versión extensa de la *Cartilla moral*, y aun le pidió que la ampliara un poco. Pero, por razones que no conocemos, no se realizó la edición. Nada nos dicen las cartas ni el *Diario* de Reyes, y mi padre y don Alfonso debieron platicar la cosa, pues se veían casi diario, por lo que no quedó registro. En su prólogo, Javier Garciadiego indaga la cuestión e interroga el tomo correspondiente de las *Memorias* de Jaime Torres Bodet, que se muestra como el principal objetor a la edición de la *Cartilla moral*, y se refiere a su “frialdad”, pero creo que aquí se refiere a los resúmenes primero y segundo que colocó don Alfonso al final de su *Cartilla*, que la resumen bien, pero que sí resultan fríos, fuera de contexto, y no parecen muy indicados para la sencilla *Cartilla* alfabetizadora. Curioso que el ensayista don Alfonso, de pluma alada, se solemnizara en esta encomienda de resumir en tan sólo dos páginas toda una moral.

Probablemente, la causa principal de la no publicación de la *Cartilla moral* en 1944 es la famosa frase de que: “La moral de los pueblos civilizados está toda contenida en el Cristianismo”. Aunque don Alfonso aclara a continuación que: “El creyente hereda, pues, con su religión, una moral ya hecha. Pero el bien no sólo es obligatorio para el creyente, sino para todos los hombres en general [...]

Por eso la moral debe estudiarse y aprenderse como una disciplina aparte”. Aquí, como lo he señalado, opera de manera clara el “deslinde” de la religión y de la moral, en la perspectiva de su gran y denso tratado *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria*, que publicó en El Colegio de México ese mismo año de 1944.³

También debe explorarse la inspiración de don Alfonso de la literatura de consejos para la vida, que leía y gustaba al regiomontano, como lo comenta Javier Garciadiego siguiendo al sabio Adolfo Castañón. Pero lo que predomina en la *Cartilla moral*, más que el consejo, es el espíritu explicativo, abierto a las ciencias humanas, como bien lo expuso don Alfonso en el prefacio de 1944, con el espíritu teórico de *El deslinde*. Parte de la densidad de algunos pasajes de la *Cartilla moral* proviene del gran tratado que obsesionaba a Reyes.

Tal vez el rasgo distintivo de la teoría moral de Reyes es la idea de la subordinación del bien individual al bien común más amplio. Don Alfonso era internacionalista, ecologista, ajeno a la historia patrioterista. Creía en el socialismo mundial, no en el socialismo en un solo país. Era, para usar una metáfora, más trotskista que estalinista. (Recién habían asesinado

a Trotski en 1940, aquí en Coyoacán.) Y esta “revolución permanente” en las conciencias debía empezar por la conciencia individual (en consonancia con el existencialismo cartesiano de Jean-Paul Sartre en *L'Être et le Néant*, precisamente de 1943). Pero, para Reyes, la conciencia individual, consciente de buscar siempre el bien, siempre debía elevarse hacia el bien común, superior, en la secuencia de respetos y amores concéntricos diseñados por la mente prodigiosa de don Alfonso. La *Cartilla moral* no congenia con Trump, sino con Macron: “Let’s make the Planet great again!”. Ya mencioné que en plena Segunda Guerra Mundial, Alfonso Reyes se había asociado a los “amigos de la libertad”, un grupo de filósofos y científicos europeos (Jacques Maritain, Henri Focillon, Alfred Métraux, Claude Lévi-Strauss, Francis Perrin), de inclinación democrática y socialista, en busca de establecer un orden mundial justo.

Ya he mencionado el uso feminista radical del género masculino que en español funciona como neutro, masculino y femenino, por lo que en ningún momento habla don Alfonso de las mujeres en la *Cartilla moral*, donde siempre habla de los hombres, los niños, los padres. Las obligaciones morales de los varones y las mujeres son esencialmente idénticas.

Cuando don Alfonso supo que la SEP no publicaría su *Cartilla moral*, continuó su amistad, confianza y colaboración con Jaime Torres Bodet y con mi padre, pero le quedó un sentimiento de dignidad herida. Sólo en 1947 la man-

³ Rodrigo Martínez Baracs, “Estudio preliminar. La amistad literaria de Alfonso Reyes y José Luis Martínez”, en Alfonso Reyes y José Luis Martínez, *Una amistad literaria. Correspondencia 1942-1959*, edición de Rodrigo Martínez Baracs y María Guadalupe Ramírez Delira, México, El Colegio Nacional / FCE (Tezontle), 2018, p. 36.

dó transcribir a su secretario Juan Arellano (lo documenta García-diego) y la publicó en 1952 en una edición limitada a 200 ejemplares en su colección privada “Archivo de Alfonso Reyes”, en el número 1 de la Serie C de “Residuos”.

Al hablar de la continuación de la amistad y colaboración de don Alfonso con don Jaime y mi padre, particularmente en el gran libro colectivo *México y la cultura*, editado en 1946 por la SEP (que es excelente y aún se lee con provecho), Javier Garcíadiego escribe en la nota 5 que: “Desde un principio se acordó que Martínez colaboraría con don Alfonso con las páginas dedicadas a los siglos XIX y XX, que terminaron siendo de su total autoría”. Esto no es exactamente así, pues el encargado de escribir el capítulo sobre “Las letras patrias” era don Alfonso solo. No olvidemos que todos los autores de *México y la cultura* eran grandes y consagrados intelectuales, científicos, técnicos y abogados, y que mi padre tenía escasos 26 años, y que más bien fue con ayuda de su amigo, el poeta Alí Chumacero (1918-2010), el editor del libro concebido por Torres Bodet. Pero sucedió que don Alfonso se sintió agobiado de trabajo y le pidió ayuda a su joven amigo José Luis para que le escribiera la parte sobre los siglos XIX y XX, y así lo hizo rápida y fervorosamente mi padre, que estudiaba con concentración la literatura mexicana desde la preparatoria en Guadalajara, siguiendo los consejos de su maestro don Agustín Bascave (1886-1961). Aunque no le gustaron del todo las páginas de mi padre, don Alfonso las incorporó a su texto y entregó su capítulo

sobre “Las letras patrias” a la SEP, con una nota de agradecimiento a mi padre. Éste quedó triste, pero se resignó, mas no así su esposa la bailarina Amalia Hernández (1917-2000), que le mandó una airada carta a don Alfonso (que se conserva aquí mismo en su archivo). Pero, aunque Reyes se enojó y echó pestes contra Amalia en el momento, desahogadas en su *Diario*, al día siguiente le escribió a Jaime Torres Bodet una misiva nobilísima pidiéndole que el texto de José Luis apareciera bajo su propia autoría, como bien lo anotó Garcíadiego.

Javier narra las circunstancias del encuentro del historiador y periodista Gastón García Cantú con la *Cartilla moral* y de su edición masiva en 1959, meses antes del fallecimiento de Reyes, por el Instituto Nacional Indigenista (INI), del que Gastón García era jefe de publicaciones y Alfonso Caso (1896-1970) director —hermano de Antonio Caso (1883-1946), el compañero ateneísta de don Alfonso, como bien lo apunta Garcíadiego—. Don Alfonso revisó su texto para esta edición, que lo entusiasmó, porque por fin su *Cartilla moral* saldría de su ostracismo. Y fue él, don Alfonso Reyes, y no Gastón García (como lo deja entender Javier Garcíadiego), quien se alegró de que la edición estuviera libre de erratas. Por cierto, Gastón García Cantú, en un notable artículo de 1992 (que felizmente incluye Garcíadiego en el apéndice documental) señala que le entregó los primeros ejemplares de la *Cartilla moral* a Alfonso Reyes en presencia del propio Torres Bodet, lo cual cuestiona Garcíadiego como

una invención de García Cantú. Quién sabe...

La edición del INI, sin embargo, como bien señala Javier Garcíadiego, sólo se difundió en el ámbito de los grupos y promotores indígenas, y no en los medios intelectuales, por lo que no fue reseñada ni advertida. Con todo, García Cantú destacó el fuerte impacto intelectual que tuvo sobre muchos indios chiapanecos que la leyeron. Y esta edición de 1959, la última revisada por Reyes, es la que Garcíadiego utilizó para la última edición de El Colegio Nacional. No he podido cotejar la edición de 1959 con la de 1952 para poder apreciar las revisiones de Reyes, que dice Garcíadiego que fueron mínimas.

Javier menciona la edición privada que hizo doña Manuela Mota de Reyes en 1962, con la portada de la edición de 1959 del INI, con el grabado de Adolfo Mexiac (nacido en 1921). Y habrá que esperar hasta 1979 para que Ernesto Mejía Sánchez (1923-1985) incluya la *Cartilla moral* en el tomo XX de las *Obras completas* de Alfonso Reyes, acaso por sugerencia de mi padre, entonces director del Fondo de Cultura Económica. A partir de entonces, la *Cartilla moral* fue integrada a varias antologías de Reyes (entre otras las de mi padre, de 1981, y de Javier Garcíadiego, de 2015) y se hicieron varias ediciones, algunas relativamente amplias. Como bien lo expresa Garcíadiego, mi padre no incluyó la *Cartilla* en una primera antología de Reyes, de 1965, por ser de tema americano;⁴ y Adolfo

⁴ A mi padre le disgustaba esta antología de 1965 porque los editores le cambia-

Castañón no la incluyó en su gran antología anotada *Visión de México*, de 2017, en dos volúmenes, por considerar que no es propiamente de tema mexicano, sino radicalmente universal.

Pero mi padre conservó el anhelo de que se realizará una publicación amplia, por parte de la SEP, de la *Cartilla moral*, que no se había logrado en 1944. No estoy plenamente seguro de que se la sugiriera a don Víctor Bravo Ahuja (1918-1990), secretario de Educación entre 1970 y 1976, pero sí existe la documentación sobre la proposición que en 1984 hizo a su amigo don Jesús Reyes Heróles (1921-1985), también secretario de Educación en sus últimos años de vida, entre 1982 y 1985. Mi padre le entregó en octubre de 1984 un expediente que incluía unas “Consideraciones acerca de la incorporación de la ‘Cartilla moral’ de Alfonso Reyes a los libros de texto gratuitos”, la versión original de la *Cartilla* y una versión ligeramente adaptada, más las opiniones de tres filósofos sobre la necesidad de la educación moral en el país: Antonio Gómez Robledo (1908-1994), Eduardo Nicol (1907-1990) y Fernando Salmerón (1925-1997), a las que agregó un capítulo de *Ética y política* de Benedetto Croce (1866-1952) sobre “La eficacia del ejemplo”. En sus “Consideraciones...”, mi padre destacó el carácter laico de la *Cartilla moral* y mencionó que en su adaptación suprimió “referencias clásicas innecesarias

y frases belicistas” y agregó “referencias a nuevos temas importantes (ecología, moral de los servidores públicos, etc.)” y diversos retoques en aras de la claridad y la sencillez. Mi padre prefirió no mencionar la supresión de alusiones religiosas, para evitar roces innecesarios.

Sin embargo, debe tenerse presente que más que una edición separada de la *Cartilla moral*, mi padre prefería que se integrara a los libros de texto gratuitos, en los de ciencias sociales, hacia el final de los estudios, y que en los años iniciales se dosificaran lecciones morales cada año. “El objetivo —escribió mi padre— es machacar una y otra vez, con la graduación adecuada, en estas cuestiones hasta hacerlas penetrar de nuevo en la conciencia de los escolares”. Por ello recomendó: “Como táctica, se sugiere no dar ninguna publicidad a esta inclusión, ya que siempre habrá quien le encuentre excesos o defectos. Mejor esperar sus resultados, y evaluarlos y ajustarlos posteriormente”.

Los textos de los filósofos son particularmente valiosos y oportunos. Eduardo Nicol comienza diciendo, a la manera de Marx (1818-1883), en sus “Tesis sobre Feuerbach” de 1845: “Es necesario reeducar a los educadores”. Y destaca la crisis moral que vivimos, una crisis “masiva”. Y Antonio Gómez Robledo hace una propuesta de lecturas de tema moral partiendo de *Las leyes* de Platón, la *Ética nicomáquea* de Aristóteles y la religión del trabajo de Hesíodo, sigue con los estoicos y los epicúreos, y con los sofistas que establecen la igualdad de los hombres,

salta hasta fray Julián Garcés, fray Juan de Zumárraga y fray Bartolomé de las Casas, que establecen la igualdad del género humano, y sigue con la metafísica de las costumbres y el imperativo categórico de Kant, con el culto a la verdad del positivista Comte, con Marx y su lucha contra la enajenación, con Heidegger y su búsqueda de una vida auténtica, centrada en la dimensión del Ser, y con Jean-Paul Sartre, que acababa de publicar su *L'Être et le Néant* en 1943, que describe la libertad en situación y la mala fe del *salaud*, del desgraciado, que finge que no se da cuenta de las cosas.

Lamentablemente, don Jesús Reyes Heróles falleció antes de que culminara el proyecto de edición. De la presentación, por mi padre, del proyecto de versión adaptada de la *Cartilla moral* en 1984 me enteré recientemente, ahora en enero, cuando escribí mi breve “Historia de la *Cartilla moral*” para *Letras Libres*, y María Guadalupe Ramírez Delira me ayudó a encontrar el expediente en el archivo de mi padre.

Este mismo proyecto de 1984, mi padre se lo sugirió y entregó a Ernesto Zedillo, entonces secretario de Educación, antes de ser presidente, por lo que no es enteramente correcto decir que se lo pidió Zedillo a mi padre, como lo escribe Javier Garciadiego. La SEP realizó en 1992 una edición de 700 000 ejemplares, que, como lo documenta Garciadiego, fue objetada por una comisión de 10 maestros del SNTE, quienes consideraron el libro “moralista, anacrónico y fuera de contexto”, siendo retirada de la circulación, no sé en qué pro-

ron el título y le pusieron sencillamente *Antología de Alfonso Reyes*, omitiendo que se trataba sólo de sus ensayos de tema americano.

porción. Javier Garciadiego, por cierto, apunta en una nota la posibilidad de que los ejemplares no hayan sido destruidos y se conserven en alguna bodega.

Es importante ubicar este ataque del Sindicato a la edición de la *Cartilla moral* en el contexto del acerbo conflicto del secretario Zedillo y su proyecto de descentralización, principalmente dirigido a debilitar al SNTE, desde entonces visto como uno de los responsables del atraso educativo, técnico, cultural y moral, de México. En este mismo conflicto debe ubicarse la agresión del Sindicato a los libros de texto gratuitos de *Historia de México*, de cuarto, quinto y de sexto años de primaria, coordinados por Enrique Florescano y Héctor Aguilar Camín, y en los que Javier Garciadiego y yo participamos, contra los que se sumó el precandidato presidencial Manuel Camacho Solís (1946-2015), para golpear a Zedillo, y la izquierda y el mundo intelectual, que los calificó de neoliberales y mal escritos.

El retiro de la edición de la *Cartilla moral* en 1992 suscitó numerosas reacciones críticas, a favor y en contra, que Garciadiego resume. El periodista Miguel Ángel Granados Chapa lamentó el desperdicio de ejemplares, y aunque cuestionó la dependencia de la SEP respecto de su poderoso Sindicato, cedió en la crítica al escribir que la Secretaría debió consultar primero al SNTE antes de imprimir tantos ejemplares.

Es de particular interés el fuerte artículo de Gastón García Cantú, que apareció en *Excélsior*, que incluye Javier Garciadiego en el apéndice documental. Critica de

manera severa al Sindicato de maestros por la decisión de retirar la *Cartilla moral* de la circulación, y en páginas hoy más que nunca atendibles, cercanas a las de la opinión de Eduardo Nicol, ve en el fracaso educativo provocado por el SNTE una de las causas profundas de la grave crisis que vivía México, que en el fondo es una crisis educativa y moral. Pero García Cantú critica también lo feo del diseño de la edición y las adaptaciones de mi padre: “Cómo se pudo atrever José Luis a profanar la *Cartilla moral* de Reyes”. Le dice “José Luis”, pues eran, y permanecieron, amigos.

Las críticas de García Cantú a las adaptaciones de mi padre son atendibles. Sin embargo, la primera se refiere a la supresión de la famosa frase de que “La moral de los pueblos civilizados está toda contenida en el Cristianismo”, y una segunda referencia al cristianismo. Aquí, sin duda, mi padre sabía que ésta era la objeción fundamental que podría enfrentar tanto a la SEP como el Sindicato con la publicación de la *Cartilla*, por lo que puede decirse que se trata de una autocensura.

En la siguiente supresión, es cierto que mi padre cortó una frase importante para comprender el deslinde y derivación de la religión y la moral. “Por eso —escribía Reyes— la moral debe estudiarse y aprenderse como una disciplina aparte”. Tal vez mi padre pensó que esta cuestión de disciplinas no atañía al hombre común en su vida.

Y finalmente, Gastón García Cantú le reprochó a mi padre la supresión de tres párrafos muy

marcados por la situación de guerra contra el nazifascismo que se vivía en 1944. Pero no llamó la atención sobre el texto con el que mi padre lo sustituyó, y que quisiera destacar nuevamente ahora, por su absoluta actualidad:

Lo que hemos hecho de ella y para ella los mexicanos del pasado y del presente constituye nuestra patria. En momentos críticos, es preciso servirla con actos heroicos, para salvaguardar su integridad o para preservar la práctica de principios fundamentales: libertad, justicia, democracia, Derecho. Pero en situaciones normales la engrandecemos mejorándonos cada uno, sirviendo a la sociedad de que formamos parte y haciendo lo mejor posible la tarea que cada uno hemos elegido.

Como vemos, mi padre describió en 1984 de manera premonitory nuestro predicamento actual.

Menciono ahora que, en su prólogo y apéndice, Javier Garciadiego aporta materiales para la posible realización de una edición crítica de la *Cartilla moral*. Por cierto, una vez que visité a nuestra querida Alicia Reyes, aquí en el escritorio de su abuelo, le hablé de lo que aportaba la correspondencia de don Alfonso y mi padre sobre la *Cartilla moral*, y me sugirió hacer una edición. No creo que me anime, pero sé que la edición crítica tendría que incluir, después de una versión corregida y aumentada del prólogo de Javier Garciadiego, la primera edición de 1952, del archivo de Alfonso Reyes; el manuscrito origi-

nal de 1944, que resguarda esta Capilla Alfonsina; la indicación de los cambios (supongo que pequeños, pero no lo he comprobado) introducidos en la edición del INI de 1959 (seguida en la edición de Garciadiego de El Colegio Nacional); la descripción de la versión adaptada por Alfonso Rangel Guerra y de los cambios introducidos por mi padre en su adaptación, de 1984, impresa en 700 000 ejemplares en 1992, y los cambios pequeños introducidos a la versión de mi padre de 1992 por los editores de la edición de 8 millones de ejemplares de la SEP (me pude dar cuenta que mi padre suprimió la palabra “mandamientos”, para no recordar los de la Iglesia, término que fue reintroducido en la edición de la Secretaría de 2019, curiosa o significativamente). En el apéndice, además de los textos e ilustraciones recogidos en la edición de Garciadiego, habría que incluir el contenido del expediente entregado por mi padre a Reyes Heróles en octubre de 1984, y particularmente los breves ensayos de los filósofos Gómez Robledo, Nicol y Salmerón; el capítulo XXXIII de *Ética y política* de Croce, y algunas piezas importantes, como la presentación del presidente López Obrador en la edición de la Secretaría de 2019, y diversas piezas que se han sumado sobre la *Cartilla moral* en nuestra actual coyuntura.

Por cierto, menciono que me dio particular gusto, al leer el prólogo de Javier Garciadiego de la *Cartilla moral*, ver que concluyó con exactamente las mismas palabras con las que yo concluí mi breve

“Historia de la *Cartilla moral* de Alfonso Reyes”, pues ambos escribimos que “a nadie hará daño” la nueva edición masiva de la SEP, y que, sin resolver por sí sola los problemas morales del país, será sin duda benéfica para sus numerosos lectores. (Aunque menciono, como hecho también curioso y significativo, que de la nueva edición de 8 millones de ejemplares, no recibí ni uno sólo, y no he logrado conseguir uno, pese a mis continuas andanzas bibliográficas.)

En lo que se refiere a la actualización de los problemas levantados por la *Cartilla moral*, escrita en las condiciones de hace más de setenta años, un posible método podría consistir en organizar discusiones sobre cada uno de los círculos concéntricos de respetos y amores: a uno mismo, a la familia, a la sociedad, a la patria, al género humano, a la naturaleza, en las condiciones actuales. Ya mencioné que Alfonso Reyes retoma “naciones de sociología, antropología, política o educación cívica, higiene y urbanidad”, pero que no menciona a la economía, necesaria para la comprensión de los límites que pone el capitalismo a la organización de un orden justo. También expresé que don Alfonso, aunque pretende desarrollar el gusto por la lectura con su texto y sus citas, omite destacar las virtudes intelectuales, morales y sensuales de la lectura, la cultura y el arte, y la confluencia necesaria de una vida buena con una vida bella, para salvar al género humano. Todo está en mejorar nuestra educación estética, me lo hizo ver una clara inteligencia lectora de Schiller.

También falta en la *Cartilla moral* una ética del trabajo, del esfuerzo personal en beneficio de uno mismo y de los demás, aunque algo de esto lo introdujo mi padre al agregar que engrandecemos a la patria “mejorándonos cada uno, sirviendo a la sociedad de que formamos parte y haciendo lo mejor posible la tarea que cada uno hemos elegido”. O sea, buscando que nos guste y gocemos de nuestro trabajo como un juego. Esto es lo que aprendió mi padre en 1943, cuando decidió dejar la poesía para dedicarse a lo que mejor le salía y más le gustaba, la crítica e historia literaria, siguiendo a Borges (1899-1986), quien no se enorgullecía de lo que había escrito sino de lo que había leído.

Tal vez un elemento moral que tampoco tocó Reyes es la necesidad del diálogo respetuoso e inteligente. Aunque él mismo se despedía con el “No olvidéis ser inteligentes”. Pero el diálogo con el otro, el Otro, en la perspectiva de Lévinas y Ricoeur, es vital para que la crítica siempre sea un diálogo, diálogo constructivo, porque sí sabemos que compartimos los mismos objetivos, aunque diferimos sobre los medios, para decir lo menos. Y esta voluntad de diálogo basado en el respeto al otro y a la verdad es la que debemos procurar mantener viva. Por eso son tan importantes, para nosotros, los cenáculos literarios y culturales, como esta Capilla Alfonsina, a la que nos convidó esta noche su director Javier Garciadiego, para platicar sobre su edición de la *Cartilla moral* de Alfonso Reyes.